

La predicación apostólica en todo el orbe

El Evangelio del domingo 9 después de Pentecostés reproduce la última amonestación que Nuestro Señor Jesucristo dirigió el Domingo de Ramos a la Jerusalén incrédula y ya casi deicida, a la que anunció su castigo por no haber conocido el día en que fue visitada personalmente por el Mesías prometido. Este castigo, dice San Gregorio en los Maitines de dicho domingo, fue la completa destrucción de la ciudad (que no volvería a ser reconstruida hasta que se cumplieran los tiempos de las naciones), como nos lo da a conocer la historia: en el año 68 el general Vespasiano puso el cerco a la ciudad, y el año 70 el general Tito, sucesor de su padre Vespasiano, la destruyó totalmente a sangre y fuego, no dejando en ella piedra sobre piedra.

Sobre este castigo volvió a hablar Cristo a sus apóstoles ese mismo día de su entrada en la Ciudad Santa, en su célebre sermón escatológico sobre la ruina de Jerusalén y la ruina del mundo, esto es, siendo la primera una prefiguración de la segunda. Y les dijo entonces:

*«Este Evangelio del reino será predicado **en todo el orbe**, como testimonio para **todas las naciones**, y entonces vendrá el fin».*

No será inútil que consideremos el significado literal de esta profecía de Nuestro Señor, y su cumplimiento en tiempo mismo de los Apóstoles, dado que contiene una de las primeras y más sólidas pruebas en favor del origen divino de la Iglesia católica, que ellos debían dejar establecida por todo el mundo.

1º Significado literal de las palabras de Nuestro Señor.

El sentido literal de esta infalible predicción es que, desde la salida del Cenáculo hasta la llegada de Tito, destructor de Jerusalén, esto es, en el lapso de 40 años, el Evangelio daría la vuelta del mundo; que sería anunciado a todas las naciones de la tierra; que sería a los ojos de las naciones un brillante testimonio de la bondad de Dios hacia ellas, y de la justicia divina sobre los judíos; porque entonces sucedería, como castigo de su deicidio, la ruina de Jerusalén, cuyo impacto dejaría mudos a todos. Desarrollando estos pensamientos, el Hijo de Dios dijo a los Apóstoles:

«Predicaréis el Evangelio a todas las naciones del orbe; vuestra predicación se verá confirmada, primero con milagros particulares que haréis en mi nombre; luego, cuando todos los pueblos os hayan oído, lo será de manera más sorprendente, por una catástrofe sin precedente desde el comienzo de los siglos.

«Esta catástrofe que hoy os anuncio, y cuyo impacto espantará a todos, es la ruina de Jerusalén, seguida de la dispersión de los judíos por todo el mundo.

«Predicha mucho tiempo antes por los profetas y por Mí, como castigo del deicidio, y **precedida de la predicación del Evangelio a todos los pueblos**, esta desolación inaudita probará a los judíos que yo soy el Mesías prometido a sus padres y a los gentiles, el Dios liberador esperado por todas las naciones.

«Entonces los judíos, o creerán en Mí, o se harán inexcusables para siempre; y los gentiles, por su parte, no podrán negar la verdad del Evangelio, viéndolo fundado sobre profecías tan incontestables, y confirmado con milagros tan sorprendentes».

Esta es la interpretación unánime de los Padres y de los más sabios comentaristas: San Juan Crisóstomo, Teofilacto, Salmerón, Cornelio a Lápide, San Hilario. Este último dice así:

«En todas las partes del orbe **los hombres apostólicos** dispersos predicarán el Evangelio, y cuando el conocimiento del misterio divino haya llegado a todas las naciones, vendrá la ruina y el fin de Jerusalén: para que el castigo de los judíos infieles y el terror de su ciudad destruida sirvan como confirmación de la fe».

Antes de subir al cielo, Nuestro Señor Jesucristo renueva su predicción, y les dice a los Apóstoles:

«Vosotros seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda la Judea, y en Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Act. 1 8)... «**Id por todo el mundo** y predicad el Evangelio **a toda creatura**... Ellos, saliendo, predicaron el Evangelio **por todas partes**, cooperando el Señor, y confirmando su palabra con los milagros que la acompañaban» (Mc. 16 15 y 20).

2º Realización literal de esta predicción en tiempo de los Apóstoles.

Los Apóstoles, después de asignarse cada uno un lugar de predicación, se dispersaron por todo el mundo para predicar la fe en las naciones. Se sabe por tradición que:

- **San Andrés** llevó la fe a Escitia, y terminó gloriosamente su vida crucificado en Patrás, ciudad de Acaya (Grecia).
- **Santo Tomás** predicó la doctrina de Jesucristo en la India. Además, algunas tradiciones afirman que, pasando más allá, por sí mismo o por enviados suyos, evangelizó los pueblos de América; razón por la que, en algunos lugares, han quedado vestigios de su presencia, y del mismo nombre que se daba al apóstol, a quien los indios llamaban «Zomé».

- *San Mateo* evangelizó primero toda la Judea, y luego Persia.
- *San Felipe* predicó en Frigia.
- *San Bartolomé*, en Arabia y Armenia Menor.
- *Santiago el Mayor* evangelizó la Judea y España, encontrando finalmente la corona del martirio en Jerusalén durante la persecución de Herodes Agripa.
- *San Simón* predicó el Evangelio en Mesopotamia.
- *San Judas Tadeo* en Siria, Arabia y Mesopotamia.
- *San Matías*, en Etiopía (Abisinia).
- *Santiago el Menor* se quedó en Jerusalén, y fue el primer obispo de dicha ciudad.
- *San Juan Evangelista* enseñó la fe principalmente a los pueblos del Asia Menor, y fijó su residencia en Efeso, ciudad de la que fue obispo.
- *San Pedro*, por su parte, trasladó su residencia a Antioquía de Siria el año 36, desde donde dirigió el movimiento creciente de la fe y anunció el evangelio en las comarcas vecinas; y luego, el año 42, estando de paso por Jerusalén, y liberado por un ángel de la prisión en que lo había encerrado Herodes, se fue a Roma y estableció su sede primacial en esta ciudad, que sería desde entonces la capital y el centro del mundo cristiano. Desde Roma, además, evangelizó toda Italia y las Galias, y la misma Hispania, a través de los primeros siete Varones apostólicos, discípulos de Santiago el Mayor, a los que San Pedro consagró obispos para la evangelización de toda España.

Monseñor Jean-Joseph Gaume, en su valioso libro «*La Evangelización apostólica del orbe*», suministra los abundantes testimonios que la tradición nos ha dejado sobre esta evangelización apostólica: • viajes de los Apóstoles, que se repartieron toda la tierra; • testimonios de los paganos, que veían cómo la «superstición» cristiana estaba difundida por todo el orbe; • testimonios de los primeros escritores cristianos; • pruebas de la evangelización de Africa (pensemos tan sólo que en tiempo de San Agustín se reunieron en Cartago más de 430 obispos), de Asia y sobre todo de China (donde vemos muy floreciente el catolicismo hacia el siglo VI), de América (donde los misioneros encontraban continuamente vestigios de una predicación anterior de la fe católica, y de la presencia del Apóstol Santo Tomás).

Así fue cómo, en menos de 40 años, desde la predicación de San Pedro en el Cenáculo, el Dios verdadero llegó a tener adoradores en todas las regiones de la tierra entonces conocidas.

Podría presentarse entonces la siguiente objeción: si la tierra toda fue evangelizada, ya sea por los Apóstoles en persona, ya sea por varones apostólicos enviados por los Apóstoles, ¿a qué sirvió la evangelización posterior? A ello responde Santo Tomás diciendo que no fue para **dar una primera noticia de la fe**, sino para **establecer la Iglesia**. Escribe así:

«*La predicación del Evangelio por toda la tierra puede entenderse de dos maneras:*

1º La primera, cuanto a la **divulgación del conocimiento de Cristo**; y en este sentido, el Evangelio fue predicado en el mundo entero, aun durante la vida de los Apóstoles, como lo afirma San Juan Crisóstomo. A esta primera predicación se refiere lo que dice Nuestro Señor: “Y entonces vendrá la ruina de Jerusalén”, de la cual hablaba entonces en sentido literal.

2º La segunda, cuanto a la predicación del Evangelio con su pleno efecto, es decir, en cuanto que la Iglesia debía **quedar fundada en cada nación**; y en este sentido, como lo dice San Agustín, la Iglesia aún no ha sido predicada en todo el mundo; mas, cuando esto suceda, vendrá el fin del mundo».

3º No valen las objeciones del racionalismo moderno.

Hoy en día estas cosas pueden parecernos extrañísimas, porque nadie las explica ahora, ni nunca las habíamos oído mencionar. Y es que, como señala Monseñor Gaume, el racionalismo moderno, y la Revolución francesa en particular, se aplicó a destruir sistemáticamente todas estas tradiciones heredadas de la antigüedad y afirmadas por tantísimos testigos, tratándolas de fábulas o simplemente destruyendo las pruebas.

No olvidemos que la fe cristiana, en todas partes, fue objeto de la persecución sistemática del demonio, que trató de destruir el cristianismo implantado. Y en muchas partes, que sabemos fueron cristianas, logró eliminar todo vestigio: • ¿Quién diría que fue cristiana toda el Africa del norte, invadida hoy por el Islam? • ¿Quién diría que fue católica toda la India y la China, donde el budismo y el comunismo destruyeron toda señal? • ¿Quién diría que fueron católicos países como Grecia, Turquía, Noruega, Escandinavia, Inglaterra, devoradas por la Ortodoxia, o el Islam, o el Protestantismo? • De igual modo, es probabilísimo suponer que en América, civilizaciones tan anticristianas y demoníacas como la azteca y la inca, hayan eliminado sistemáticamente todo resto de cristianismo, de modo parecido a como lo han hecho en los tiempos modernos el Islam, el Protestantismo, el Comunismo (Rusia, China, Vietnam, Japón).

Conclusión.

«Haréis milagros mayores que Yo», había dicho Nuestro Señor Jesucristo a los Apóstoles. Ahora bien, el cristianismo gozó de un doble milagro:

1º Por una parte, del triunfo de la debilidad contra la violencia: los **mártires**, que durante tres largos siglos vencieron a la impiedad.

2º Y por otra parte, la **rapidísima difusión del cristianismo**, antes de la ruina de Jerusalén, en 40 años, por obra directa de los Apóstoles.

Así se entiende mejor que una de las notas de la Iglesia sea el ser **apostólica**: no sólo por guardar y predicar la fe enseñada por los Apóstoles, sino también por haber puesto ellos las bases de la fe en todo el orbe.